

Panegírico pronunciado durante la desvelización de la estatua al patricio Juan Pablo Duarte

En la ciudad de Santiago de los Caballeros, el 26 de enero de
1975

Joaquín Balaguer*

Es la segunda vez que los dominicanos honramos con la erección de una estatua la esclarecida memoria del Padre de la Patria. La primera se inauguró en la capital de la República el día 16 de julio de 1930, gracias al patrocinio del ilustre repúblico doctor Federico Henríquez y Carvajal, el dominicano que mayor semejanza guarda moralmente con el Fundador de nuestra nacionalidad por su alta temperatura patriótica y por sus largos años de lucha en favor de la educación cívica de sus conciudadanos.

El prócer civil

Nada se puede añadir a la semblanza de Juan Pablo Duarte que no sea ya conocido por la población que aún frecuenta las aulas escolares y que se ha nutrido, en los últimos tiempos, con la divulgación que se ha hecho de su figura y de su obra sin paralelos en la historia dominicana.

Otros próceres hemos tenido que hieren más vivamente nuestra imaginación con sus acciones de guerra y su participación descolante en nuestras epopeyas pasadas.

Varios personajes, con intervención más activa en los destinos de la República a raíz de la proclamación de nuestra independencia en la Puerta del Conde, impidieron que Duarte se revelara como militar y diera demostración de su genio como hombre de acción frente a las fuerzas de Haití ya en retirada. Su figura civil se había ofrecido con relieves tan puros, ante la contemplación de sus conciudadanos, que se consideró necesario cerrarle la posibilidad de que se consagrara también como hombre de armas en las horas iniciales de nuestra ges-

ta libertadora. Por eso se le despojó del mando de las tropas acantonadas en el Sur y se pusieron éstas bajo la exclusiva dirección del general Pedro Santana. Sus presillas como General de Brigada quedaron prácticamente vírgenes, porque la ambición propia de los caudillos militares se ingenió para impedir que Duarte actuara como soldado y añadiera a sus laureles como repúblico la prestancia que en un país como el nuestro rodea siempre la figura de cualquier hombre de acción o de cualquier militar victorioso.

El apóstol

Contemplemos, empero, a Duarte, como simple repúblico y como oráculo supremo de la patria en los días en que ésta empezó a forjarse, y limitémonos a juzgarlo como caudillo exclusivamente civil. Su caso, como el de José Martí, es el de un apóstol que desea ofrecer su vida por el ideal de la independencia pero que no tiene aptitudes innatas para lograr con la espada lo que le es dable obtener con el ejemplo y con la palabra ardida en fuego patrio y en proceridad redentora. Todos los demás libertadores de América han pasado a la historia como caudillos esencialmente militares. El poder con que cada uno de ellos deslumbra nuestra mente y se apodera de nuestra sensibilidad, emana en gran parte del prestigio que acompaña a los hombres cuyas ejecutorias militares han tenido en los destinos públicos una gravitación decisiva. Nadie podría separar el nombre de Bolívar de Junín o de Boyacá, ni el de San Martín de sus granaderos a caballo. Sería inconcebible imaginarse a Páez sin sus lanzas, a Sucre sin sus atuendos militares, reducido sólo a su blancura de nieve, y a nuestro Luperón sin su coraza de gladiador homérico.

Su estatura histórica

La figura de Duarte, sin embargo, crece en veneración y en estatura apostólica a medida que el país se desarrolla y que, juntamente con ese crecimiento físico, se deterioran sus estructuras morales. Su figura se halla cada vez más distante de nosotros, como esos astros que se alejan de nuestra vista en el horizonte a medida que tratamos de acercarnos a ellos y a medida que su luz nos deslumbra con sus resplandores. No hay ya en nuestro país quien no lo considere como nuestro primer patriota, como el más limpio de nuestros apóstoles y como el más austero, moralmente, de nuestros libertadores. Más allá de las fronteras patrias aún en los países vecinos, su nombre no se repite con la admiración con que se menciona el de otros próceres americanos. Ha faltado a Duarte un plinto más alto para

ofrecerse desde él a la contemplación del mundo. Es necesario que el país que le sirve de pedestal crezca a su vez para que su estatura se agigante en la sucesión de los tiempos. Cuando llegue ese momento histórico, tal vez menos lejano de lo que hoy creemos, se verá que la historia de América no ofrece otro ejemplo de abnegación y de modestia comparable al del prócer dominicano.

El culto al héroe

Martí, aludiendo a los prohombres que redactaron la Constitución de los Estados Unidos de América, afirmaba que le agradecería esculpir en pórfido las estatuas de esos ciudadanos maravillosos. Pero no llegaba sólo hasta ahí el deseo del apóstol cubano de honrar a aquellos héroes. Cada cierto número de años —decía el último de los libertadores de América— debería establecerse una semana de peregrinación nacional, en otoño que es la estación de la madurez y de la hermosura, para que, envueltas las cabezas reverentes en las nubes del humo oloroso de las hojas secas, los hombres, las mujeres y los niños, fueran a besar las manos de piedra de nuestros patriarcas. Con esta estatua de Duarte debería organizarse un rito parecido. Todos los dominicanos deberían venir, cada cierto número de años, a tocar con sus manos estas piedras y a responder en silencio a las preguntas que el Padre de la Patria nos formule desde la mudez del bronce. Así sabríamos si hemos sido fieles al sembrador, si hemos o no menoscabado su cosecha inmortal, y si nuestra conciencia, cuantas veces comparezcamos ante él, no tiene nada que reprocharnos por habernos mostrado indignos de aquel varón excelso o por haber manchado o disminuido su herencia inmarcesible.

El mayor homenaje

El mejor homenaje que podría rendirse a Duarte consistiría, no obstante, en hacernos dignos de su obra y merecedores de su apostolado. Después de casi un siglo de haber desaparecido del escenario nacional, podemos preguntarnos si hemos sido fieles a su herencia y si su obra se ha menoscabado o no, en manos de quienes le han sucedido en la continuidad de las generaciones.

Su figura parece en realidad que nos interroga desde la inmovilidad de la piedra estatuaría. ¿Qué hemos hecho para engrandecer el patrimonio moral y político que nos dejó santificado con su sacrificio ejemplar? Si examinamos la historia del país en los últimos cien años, tendríamos que sentirnos profundamente avergonzados ante este varón epónimo cuya

vida se ofrece a nuestras miradas como un dechado de patriotismo y como un ejemplo de virtudes. La patria que él nos legó ha sufrido, en el curso de esa centuria, numerosas caídas, y ha experimentado grandes descalabros, no por culpa del azar, sino por obra principalmente de nuestras propias concupiscencias y de nuestras propias flaquezas. En dos ocasiones hemos visto nuestro suelo pisoteado por una bota extranjera. Durante largos años pasamos por la vergüenza de ver nuestras aduanas intervenidas y nuestro patrimonio político mermado por intervenciones extrañas que no se diferencian de las que sufrimos en el curso del siglo xix, cuando éramos aún una nación mediatizada por las grandes potencias colonizadoras.

Hemos vivido, en realidad, de espaldas al ideario del Padre de la Patria y a todo lo que él representa en nuestra historia como paradigma de honestidad y como modelo de pureza. No podemos rendirnos ante la simple evidencia de que nuestras guerras civiles constituyeron sólo la expresión de nuestra falta de cultura política y que nuestros extravíos son hijos de nuestra conciencia nacional aún en formación y en cierto modo embrionaria. Durante casi un siglo desoímos la voz del Fundador de la República que nos dijo: «Sed unidos, y así apagaréis la tea de la discordia». Durante ese mismo lapso no hemos tenido ni un solo día presente la admonición que él nos dirigió en el memorable discurso con que declinó en Puerto Plata la solicitud que se le hizo para que asumiera la Presidencia de la República que él mismo había creado, cuando expresó así su esperanza en una nación bien unida y en una sociedad mejor integrada: «Sed justos, lo primero, si quereis ser felices».

La enmienda necesaria

Las infidelidades que hemos cometido contra la obra y la figura del Padre de la Patria podrían sernos perdonadas si se advirtiera en el panorama nacional algún signo de arrepentimiento que nos hiciera dignos de esa indulgencia. No hay, infortunadamente, sin embargo, nada que nos permita creer que nos hallarnos en vías de enmendarnos y de seguir sus pasos desde lejos, a una distancia compatible con la diferencia que reina entre nuestra pequeñez y la grandeza moral de aquel dominicano inmenso que hoy parece que nos amonesta desde

la severidad de estas piedras acusadoras. La sociedad nacional se halla hoy más desunida que en los días en que toda la fuerza física de la nación se hallaba concentrada en los sables de unos cuantos caudillos ambiciosos. La corrupción imperante en todas nuestras clases sociales es más grande que en la época en que Duarte retornó a su suelo nativo después

de una larga permanencia en tierra extraña. Las instituciones republicanas que él dejó descritas en su famoso proyecto de Constitución, están lejos de parecerse a las que hoy hemos establecido y que se resienten por su falta de estabilidad y por su poca firmeza. Si dirigimos la mirada hacia el interior de nosotros mismos nos hallaremos, como hombres y como ciudadanos, menos dignos de la altura moral del Padre de la Patria que los mismos dominicanos que un día lo redujeron a prisión y escarnecieron sobre su inocencia la gloria de la República naciente.

Duarte y la plástica

Se ha escogido para vaciar la imagen de Duarte el más noble de todos los metales: el bronce. Ese material olímpico, más propicio que ningún otro para perpetuar la imagen de los grandes guerreros y de las grandes epopeyas, habría sido la forma plástica apropiada para recoger el semblante de Luperón, el titán que el 6 de septiembre de 1863 se batió en las calles de esta misma ciudad de Santiago, iluminado por las luces flamígeras de los edificios en llamas, pero no es el que mejor corresponde, en cambio, a este varón consular, esencialmente pacífico y virtuoso, el más dulce quizás de los hombres nacidos en esta tierra. Para hallar una representación que corresponda a su semblanza moral, a sus valores interiores de apóstol que estuvo en todo más cerca del cielo que de la tierra, más próximo de la divinidad que del hombre, hubiera sido preciso modelarlo en piedra labrada por las olas, esculpida, como las rocas, por los vientos y las espumas, y suspender después sobre sus hombros, no el manto imperial de los galanteadores de la historia, sino la propia túnica de los ángeles o el nimbo seráfico que la Iglesia coloca sobre la frente de los bienaventurados. Sólo así podríamos imaginarnos a Duarte como él fue, como un hombre sobre-humanamente puro que no mereció ni la dureza con que lo golpeó la vida ni la feroz ingratitud con que fue pisoteado y escupido por los mismos a quienes no solamente hizo libres políticamente sino a quienes se ofreció también como el Justo que siempre sirve para redimir en su persona los crímenes de los demás y para saldar con su sacrificio las culpas que sus coterráneos tienen pendientes con Dios y con la historia. Por eso la sangre de este mártir tiene una doble virtud redentora: nos salvó a todos de la esclavitud y tuvo, además, para cada uno de nosotros, el mérito de redimir a su pueblo con un sacrificio que parece imitado del de Aquel otro Justo que hace más de veinte siglos se ofreció para la salvación de la humanidad en una humilde colina de Galilea. Sobre la cruz de Duarte se limpian cada día las culpas de todo un pueblo como se limpian sobre la cruz de Cristo,

en cada amanecer, todas las culpas y todas las flaquezas humanas.

La última virtud

Así como se ha dicho que el Emperador Marco Aurelio fue la última virtud de Roma, también nosotros podríamos decir que con Duarte desapareció el último de nuestros ornamentos morales. Lo admirable, en su semblanza cívica, es que no fue la suya una virtud enclaustrada, semejante a aquellas que Milton en su «Tratado de la Reforma» condena enérgicamente, porque no salen jamás de su retiro, porque no miran la cara a su adversario y porque «no participan de la carrera en que, entre el sudor y el polvo, los corredores se disputan la corona inmortal».

Duarte, por el contrario, ejerció ampliamente su virtud y aun en el destierro siguió siendo un ejemplo de integridad cívica para sus compatriotas. El hecho de no haber intervenido en nuestras guerras civiles y de haberse mantenido alejado de las pugnas en que otros tantos adalides de la Independencia y de la Restauración empequeñecieron su gloria, no disminuye su estatura sino que lo coloca por encima de toda objeción y de toda crítica.

La formación de Duarte

Fue propia de todos los miembros de su familia esa actitud de abnegación casi inverosímil y sobremanera ilimitada. Su hermana Rosa Duarte conserva hasta el fin, aun en la vida privada, su postura de mártir y de heroína. Después de haber dado su corazón al patriota Tomás de la Concha, se conservó virgen hasta la muerte porque consideró que la amada de tal prócer no podía ofrecer su mano a nadie que no fuera digno de ella.

Su caso recuerda al de Federica Brión, la novia de Goethe, abandonada luego por éste, que rehusó la mano del apuesto Reynold Lenz diciendo que quien había sido amada por Goethe no podía pertenecer a otro hombre. Vicente Celestino Duarte, hombre de formación eminentemente civil, arriesgó muchas veces su vida junto a Luperón en la Sabana de Guabatico, como Domingo Faustino Sarmiento, el gran educador argentino, expuso también la suya al lado del General Urquiza en la batalla de Caseros. El padre, a su vez, fue un modelo de hidalguía, y la madre una matrona cuyo perfil cabría en una medalla antigua.

Su virtud cardinal: la fe

Lo extraordinario en la figura de Duarte es la fe con que mantuvo sus ideales y la confianza que le inspiró su causa. Creyó en la República y

no desmayó jamás en su empresa reivindicadora. Ese solo rasgo bastaría para elevarlo por encima de todos sus contemporáneos y de todos los que después, en la historia de nuestras vicisitudes civiles y militares, le han sucedido en el civismo, en el sacrificio, en el amor a la patria, en la fidelidad al ideal, en la inspiración y en la lucha.

Duarte y sus discípulos

Decía Renán, a propósito de la grandeza de Jesús, que para saber cuán grande fue El, bastaría recordar cuán pequeños fueron sus discípulos. También la grandeza de Duarte puede medirse por la pequeñez de sus émulos.

Ningún otro dominicano, desde el propio Francisco del Rosario Sánchez hasta el último de los adalides que participaron en nuestras guerras libertadoras, resiste el parangón con el Padre de la Patria. Mella negoció con los Ministros de Isabel II la alternativa del reconocimiento de nuestra independencia política o la firma de un protectorado.

Luperón no careció de ambiciones cuando cambió la chaqueta del soldado por la toga del repúblico o por la propia gorra del guerrillero alzado en armas contra la ley encarnada en los poderes legítimamente constituidos.

Santana fue un anexionista vulgar y un hombre sin fe en sus ideas. Los otros héroes de la Independencia y de la Restauración permanecen por debajo de Duarte como las yerbas que brotan en las faldas de las montañas y se alimentan escasamente con el agua que baja de las cumbres. Muchos otros pasan ante él casi inadvertidos.

El que tuvo don de mando y sobresalió como conductor de tropas, resultó ser a la postre un patriota a medias, y aun aquellos que osaron salir al foro para vestir en él la toga del repúblico, con pocas excepciones, flaquearon hasta comprometer, en un momento dado, el ideal de la independencia absoluta. La confianza sin quebrantos y sin vacilaciones en su ideal de patria libre, no es la menor de las virtudes de Duarte. Como el Cónsul romano vencido por Aníbal que mereció bien del Senado y del pueblo por no haber desconfiado de la salvación de la patria, Duarte merecía ser considerado como el más grande de nuestros compatriotas y el más excelso de los forjadores de la república por no haber jamás vacilado en su lucha por la independencia nacional y por haber enseñado a sus compatriotas que el país podría sobrevivir a sus infortunios y renacer otra vez de sus cenizas con su personalidad sin desmedro y con sus glorias inmaculadas.

El hombre único

La vida, como el arte, no cesa en su actividad creadora, y aunque los modelos heroicos de hoy sean distintos de los pasados, y aunque no se vuelva a hacer la Venus de Milo ni el Hermes de Praxíteles, no por eso desaparecerá el molde en que se forjan los grandes caracteres ni por eso dejará la plástica de descubrir nuevos mundos de expresión ni de engendrar nuevos prodigios en mármoles eternos y en lienzos inmortales.

Pero sí podemos estar convencidos de que de nuestra tierra no brotará nunca otro dominicano tan perfecto como Duarte. Ningún otro ciudadano podrá igualarlo jamás en abnegación y en limpieza; ninguno podrá jamás sustituirlo como el modelo que debe ofrecerse a la juventud dominicana de todos los tiempos.

El desagravio

Pero Duarte, no obstante la perfección moral casi increíble que lo colocó muchos codos por encima de quienes le precedieron y de quienes le han sucedido en la sucesión de las edades, ha tenido y tiene aún sus detractores. Todavía hay dominicanos que se empeñan en negar los méritos de nuestros próceres y en reducir sus dimensiones históricas. Mientras otros países forjan sus propios mitos y cuando carecen de héroes los crean, y cuando no tienen epopeyas las inventan, nosotros nos entregamos al absurdo prurito de destruir lo que tenemos, empequeñeciendo aún a quienes forjaron la patria y fueron reconocidos en su propia época como nuestros genuinos libertadores. Contra ese crimen de lesa patria, hijo de nuestras menudas envidias y de un afán demoledor que se remonta a los mismos orígenes de nuestra historia, debemos reaccionar con energía y exigir, como lo exigen todos los pueblos agradecidos de la tierra, que se rinda a la figura de nuestros próceres la veneración a que su estirpe es acreedora.

Un día Esquilo presentó a Hermes, en uno de sus dramas, en forma grotesca y repulsiva. Los atenienses, escandalizados ante tal sacrilegio, acudieron apresuradamente a los templos para desagraviar al dios calumniado.

No contentos con reunirse alrededor de sus santuarios, se inclinaron silenciosamente ante el ídolo y luego lavaron con aceite las estolas sagradas. Cada vez que un mal dominicano alce la mano contra Duarte o arroje un puñado de cieno sobre su memoria, nuestro deber no es limitarnos a repudiar en silencio el acto sacrílego, sino prosternarnos ante cada efigie

del héroe para ratificarle nuestra fe en su ideario patriótico y nuestra irrestricta adhesión a su ideal democrático que no solo se limitó a crear una patria libre sino también a organizar institucionalmente la nación por él creada.

El modelo excepcional

Duarte, el más grande y el más ejemplar de los héroes que hoy ocupan la galería de nuestros próceres, debe quedar para siempre como nuestro ídolo intocable, como el espécimen insuperable, como el arquetipo del caudillo civil y del patriota sin mancha. Con esa actitud no sólo haremos justicia al más grande de los dominicanos, sino que también contribuiremos a que nuestra juventud se eduque en el culto al sacrificio y en el amor a la gloria.

Hay, en una comedia de Benavente, una anécdota que revela la influencia que la emulación puede ejercer sobre la conducta de los hombres. Hubo una vez un pintor que tuvo el cuidado, al hacer el retrato de una dama, de embellecer sus rasgos y trasladar al cuadro una perfección física que excedía ostensiblemente al modelo en gracia y hermosura. Al verse ennoblecida en esa forma por el artista, la mujer quiso hacerse digna del retrato y de la honra que le había sido dispensada. Puso entonces especial empeño en parecer hermosa, y a fuerza de perseverancia y de autosugestión, logró mejorar su tipo y adquirir la belleza que el pintor le atribuyó al ofrecerla a la contemplación de los hombres como a una beldad de facciones deslumbradoras. Es posible que también nuestra juventud, la de ésta y la de otras generaciones, sienta la atracción de Duarte y se empeñe en parecerse a él en perfección moral, en temperatura patriótica: que sienta el orgullo de contar entre sus antecesores con alguien que podría igualarse a los héroes de relieve universal más perfectos, a los que integran, en una palabra, la categoría excelsa de los hombres que más han engrandecido nuestra especie y que con mayor nobleza han dignificado la civilización humana.

Duarte y las nuevas generaciones

Dominicanos: si nos falta el valor necesario para imitar a Duarte, figura excelsa cuyas dimensiones alcanzamos apenas a medir en la lejanía de la historia, tengamos al menos el de venerarlo como el dechado de todas las virtudes cívicas para que la simiente de su obra apostólica y de su abnegación ejemplar, fructifique con fuerza cada día mayor en el corazón de las generaciones venideras.

* Político, diplomático, escritor y poeta. Accedió a la presidencia de la República en siete ocasiones.

— **F u e n t e** —

Pedestales. Joaquín Balaguer, Editora Corripio, Santo Domingo, 2000.